

NAGEL, T.: *La mente y el cosmos. Por qué la concepción neo-darwinista materialista de la naturaleza es, casi con certeza, falsa*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2014. 9788416095728

Miguel Palomo
Universidad de Sevilla (España)

La mente y el cosmos de Thomas Nagel es una obra heterodoxa y atrevida. El subtítulo lo expresa en su totalidad: *Por qué la concepción neo-darwinista materialista de la naturaleza es, casi con certeza, falsa*. Normalmente las tesis más atrevidas son relegadas a los más jóvenes, pero Nagel, en plena madurez intelectual, no duda en afirmar que hay algo en la ciencia contemporánea que no funciona como debería, ya que desde el punto de vista materialista y reduccionista dominante no pueden explicarse fenómenos como la aparición de la vida, la conciencia o los valores. De este modo, Nagel ofrece tesis que no son cómodas para el status quo filosófico y científico, puesto que mediante su análisis de los problemas de este cientificismo materialista dominante pone sobre la mesa los límites explicativos que posee, los cuales se contraponen a sus pretensiones cognoscitivas. El materialismo, que normalmente se auto posiciona en línea con el ateísmo, se ha convertido más bien en un nuevo paganismo en el que el culto está dirigido al consenso científico más ortodoxo y dogmático.

En su exposición más popular y conocida, el materialismo neo-darwinista señala que todo fenómeno es reducible a causas físico-químicas. En este sentido, el origen de la vida estaría causado por el azar y habría sido el proceso evolutivo el que nos habría llevado a ser lo que hoy somos. Nagel afirma en cambio que la evidencia de la que disponemos para defender esa posición es indirecta y que por lo tanto las conjeturas pasan a tener un papel indispensable en dicha explicación. Según él mismo afirma: “Esa comprensión del mundo está madura para cambiar a pesar de los grandes logros del materialismo reductivo” (p. 38).

El propósito de este libro, tal y como el autor señala, es más presentar el problema que solucionarlo de un modo definitivo. Con esta idea presente, señala Nagel en el primer capítulo, dedicado al orden natural, que el reduccionis-

mo supone un fracaso porque no puede dar cuenta de los fenómenos mentales: si todo se reduce a un fenómeno físico, entonces este materialismo podría haber dado cuenta de lo mental, pero no ha sido así. Y si la mente, que para Nagel es un aspecto básico de la naturaleza, es creada mediante la evolución biológica, entonces la biología no podría ser solamente una ciencia física. En la otra cara de la moneda se encuentran los defensores de un diseño, o teístas, que interpretan la naturaleza en base un propósito exterior a ella y por lo tanto no proveniente del ámbito físico. Para Nagel esta alternativa no es más plausible que el materialismo, puesto que ambas ofrecen una explicación parcial del mundo y de nosotros mismos. Por lo tanto su preferencia huye tanto del teísmo como del materialismo: busca una explicación del mundo que ni nos convierta en meros fenómenos físicos ni nos convierta en personas dependientes de la divinidad.

La aparición de la conciencia ocupa una parte importante de la obra y a ello dedica Nagel el segundo capítulo: mientras que la existencia de la conciencia parece indicar que la descripción física del mundo es parcial, tampoco disponemos de una alternativa viable por el momento. El materialismo ha buscado estrategias para saltar por encima de este nudo, como atestiguan la aparición del conductismo conceptual (Ryle, Wittgenstein), el materialismo eliminativo o la identidad psico-física (U. T. Place y J. J. Smart). Sin embargo, ninguna alternativa ha sido capaz de dar cuenta de la aparición de lo subjetivo, como puede ser el gusto o el sentimiento de dolor, los cuales son lógicamente imposibles de describir mediante proposiciones físicas, puesto que apelar a una causa en el ámbito físico supone una mera descripción y no una explicación del fenómeno. Ante la aparición de la conciencia, por tanto, cabría considerar tres posibilidades diferentes: que la conciencia haya surgido por elección divina (posibilidad que Nagel rechaza); por una causalidad eficiente proveniente de los mecanismos de la evolución biológica; o por la existencia de leyes teleológicas que gobiernan la naturaleza. La opción que toma Nagel es bastante optimista y se alinea con la tercera opción, sugiriendo “que no deberíamos renunciar a la aspiración de encontrar una explicación naturalista integradora de un nuevo tipo” (p. 94).

En el tercer capítulo Nagel trata el caso de algunas funciones mentales como el pensar o razonar, que son precisamente las que nos permiten trascender de lo inmediato. Son éstas las que nos permiten por ejemplo trascender lo subjetivo para alcanzar la objetividad. La razón es, además, imposible de ser comprendida conductualmente y presenta problemas explicativos parecidos a los de la conciencia. La posición que ante esto defiende Nagel es la de una teleología natural que presente dos aspectos: una falta de determinismo y la posibilidad de que ciertos futuros sucesos tengan mayor probabilidad de acaecer que otros a la hora de que se formen sistemas más complejos, lo que daría cabida a un tipo de evolución en los sujetos o a la misma aparición de la vida.

El valor es el objeto del último capítulo y es probablemente el aspecto más difícil de responder de todos los tratados en la obra, ya que, como señala Nagel, trasciende los problemas de la conciencia y el conocimiento general, situándose en la vida práctica. La búsqueda de un sistema explicativo sobre el mundo debe tener en cuenta cómo es posible el que hayan surgido seres capaces de poseer juicios de valor, y el neo-darwinismo falla en su intento de explicar al ser humano en este aspecto tan esencial: Nagel rechaza la idea de que nuestros juicios de valor resulten de facultades que han aparecido en el ser humano por mero azar o por una casualidad mediada por la selección natural. Su visión vuelve a tornarse hacia la teleología cuando afirma que el surgimiento del valor y de nuestra capacidad de juicio así como del material genético que lo hacen posible pueda determinarse no sólo por una mera mezcla de átomos, sino también “por algo más, a saber, una predisposición cósmica a la formación de la vida, la conciencia y el valor que es inseparable de ellas” (p. 147).

En lo que se refiere al aspecto formal, la obra está bien estructurada: los cuatro capítulos incluidos en el libro se dividen a su vez en apartados cortos y al final del libro Nagel ofrece una breve conclusión. Por su parte, la traducción de Francisco Rodríguez Valls respeta el estilo del original y hace que la voz de Nagel sea natural en castellano. Todo ello hace que la lectura sea rápida, amena y asequible, algo de lo que un libro sobre esta materia podría adolecer fácilmente.

Digámoslo claramente: hay necesidad de que libros como este se publiquen y denuncien la insuficiencia epistemológica de las corrientes dogmáticas del materialismo. En este caso la obra juega el indispensable papel de presentar el problema, lo cual es la antesala de una alternativa seria. Quizá esto sea lo único reprochable al autor: que aunque hace referencias a sus inclinaciones, se echa en falta una segunda parte que desarrolle ampliamente su propuesta. El traductor, Francisco Rodríguez Valls, ya se le ha adelantado, puesto que partiendo del estudio realizado para la traducción de esta obra ha publicado un artículo en el que contesta a Nagel llamado “¿Por qué no el paradigma teísta? Un diálogo con *La mente y el cosmos* de Thomas Nagel” (*Naturaleza y Libertad* 5, 2015, pp. 107-118) y que quizá sea de interés del lector. Respecto al convincente análisis que Nagel ofrece sobre los problemas del materialismo neo-darwinista hay que señalar como conclusión que su diagnóstico es, casi con certeza, verdadero.

